

ción aborde un tema fundamental para la organización política —la descentralización territorial del poder—, que quizá precisamente por su importancia está siendo objeto de todo tipo de manipulaciones y dilaciones. Baste recordar los avatares del proyecto de Ley de Régimen Local, cuya timidez reformista no ha impedido que en las altas esferas del poder haya sido considerado «peligroso y disgregador», lo que le ha valido pasar a una situación de hibernación. Admira también que ese grupo de profesores (Enrique Argullo, Luis Coscolluela, T. Ramón Fernández, Lorenzo Martín-Retortillo, Alejandro Nieto, Antonio Risco y Javier Salas) y el magistrado Federico C. Salas de Robles, hayan llevado a cabo un estudio colectivo de gran coherencia sistemática, que hace que esta obra constituya una aportación de primera importancia en el campo jurídico-público. Este mérito hay que atribuirlo, sin duda, al director de la obra, Sebastián Martín-Retortillo, quien en las primeras páginas confiesa las dificultades y esfuerzos que le ha supuesto esta empresa cuyos resultados, sin embargo, han sido excelentes.

Por obvias razones de espacio y de lugar, no vamos a resumir o a glosar este o aquel estudio de la obra. Precisamente por su coherencia interna, a través de los distintos estudios laten unas mismas o parecidas ideas que sirven de denominador común a la obra. La primera de ellas, según destaca S. Martín-Retortillo, es la firme creencia en el valor de una verdadera descentralización, que si en alguna etapa histórica pudo constituir un obstáculo para la construcción del Estado moderno, hoy representa un presupuesto ineludible de una sociedad democrática.

La obra que comentamos está escrita por juristas que, además, no pretenden sino estudiar jurídicamente la descen-

tralización territorial del poder. Ello no implica un desconocimiento del carácter esencialmente político de la descentralización. Antes al contrario, el trasfondo político es común a los distintos estudios que integran la obra, pero siempre a partir del análisis en profundidad del Derecho positivo. Es curioso constatar cómo este tipo de estudios jurídicos, cuando se llevan a cabo con rigor y radicalidad, son de una eficacia política extraordinaria. No se encontrarán en la obra que comentamos ni estériles discusiones jurídico-abstractas ni ningún tipo de proclamas retórico-declamatorias, tan habituales en los tratamientos de la descentralización y el régimen local. Sin embargo, puede el lector verificar en estos estudios en qué quedan las más solemnes y enfáticas declaraciones constitucionales (la autonomía de los municipios, su carácter de entes naturales, ejes de nuestro singular sistema de organización política, su pretendida representatividad, etcétera) al articularse a través de distintas técnicas jurídicas. Y en esto, entiendo, radica la importancia de estos estudios: en el propio plano jurídico aquellas declaraciones constitucionales tienen un alcance medio más modesto. Se opera, pues, una desmitificación sin necesidad de acudir al análisis social del desenvolvimiento de aquellos principios. En todo caso, las recientes elecciones municipales ratifican empíricamente la escasa o nula significación de esos bellos principios constitucionales tal y como se encuentran desarrollados en nuestro Ordenamiento jurídico-positivo.

Metodológicamente, la obra que reseñamos consta de cuatro partes. En la primera se aborda el estudio histórico del tema a partir de las Cortes de Cádiz. La segunda parte está dedicada al estudio del sistema jurídico vigente de reparto del poder entre

el Estado y los entes locales. Reparto nominal y nada equitativo, como puede comprobarse en la obra. En la tercera parte se estudian las nuevas tendencias «descentralizadoras». La tecnocracia formula programas y soluciones regionales que no concuerdan con los planteamientos y dimensiones del regionalismo tradicional. El alcance descentralizador de este nuevo regionalismo, que se presenta como supuesta exigencia de la planificación económica, constituye el tema central de la tercera parte de la obra. Por último, en la cuarta parte se estudian diversas fórmulas que puedan permitir la institucionalización de una auténtica descentralización. Fórmulas que no pretenden tener un valor definitorio ni excluyente, puesto que, como advierte S. Martín-Retortillo, cualquier forma debe rehuir el uniformismo, y las distintas técnicas descentralizadoras estudiadas —y otras más que pudieran apuntarse— deben conjugarse y complementarse. La obra, en fin, de la que aquí se ha dado noticia supone una aportación decisiva al estudio de la descentralización. Esperemos, pues, que cuando por fin se emprenda la reforma de nuestro centralista y absorbente sistema no sea ignorada tan valiosa aportación científica. ■ ANTONIO ALONSO-LASHERAS.

## Otra historia del hombre

Albert Einstein advertía hace años que «la naturaleza humana ha intentado siempre formar por sí misma una simple y sinóptica imagen del mundo circundante» (1). A veces esta tendencia llegó a extremos tales que la imagen de la realidad quedó dis-

(1) Albert Einstein, prólogo a «¿A dónde va la ciencia?», de Max Planck. Editorial Losada, cuarta edición. Buenos Aires, 1961.

torsionada por completo. Así ocurrió cuando se estudiaron las relaciones del desarrollo científico con el hombre y la estructura social. Acostumbrados, por ejemplo, a unas ciertas ideas tópicas sobre la Edad Media y el Renacimiento, continuamos viendo la Edad Media como «edad de tinieblas»; sin embargo, la verdad fue que en la época medieval el nivel de vida subió de manera notable y el progreso técnico se extendió por buena parte del mundo. El empleo de máquinas se hizo necesario cuando el poderío militar romano entró en decadencia y las en otros tiempos poderosas legiones del César fueron incapaces de ganar guerras de conquista: el número de esclavos decreció y hubo problemas de mano de obra. Las máquinas (bastantes de ellas inventadas y no utilizadas) comenzaron a imponerse: más o menos, y salvando las distancias, lo que ha ocurrido en el campo español.

«En lugar de una clasificación que iba desde un emperador «divino» al esclavo «subhumano», los estratos sociales descendían desde el siervo —que aunque sujeto a la tierra que trabajaba tenía derechos reconocidos a una parte de los frutos de su propio trabajo— al señor, que permanecía lo bastante próximo a los siervos como para tener un conocimiento real del sistema de producción. En estas condiciones, el trabajo manual ascendió a un nuevo nivel de dignidad y de respeto; este es el análisis hecho sobre el tema que antes hemos considerado por Samuel Lilley en «Hombres, máquinas e historia», importante libro ahora reeditado en España por Ariach.

La primera versión castellana de esta obra (realizada sobre la edición inglesa de Cobet Press en 1948) apareció en Sudamérica, y era de muy difícil acceso al lector español. Por eso, en 1967 Ciencia Nueva, aquella hermosa y malo-



Samuel Lilley.

grada aventura editorial, lo incluyó en una de sus colecciones, haciendo Gregorio Ortiz una nueva traducción sobre la edición inglesa de Lawrence & Wishart, de 1965, que aumentaba y revisaba la original, aunque tengo entendido que aquí alguna pequeña parte fue suprimida por motivos ajenos a la casa editorial española (y a la inglesa, por supuesto).

La edición actual está calcada, línea a línea, de la de 1967. Varía la portada (antes, Alberto Corazón; ahora, J. M. Domínguez), se han suprimido erratas y se añade un utilísimo índice analítico, que aporta una nueva dimensión al libro: ya no es sólo una historia de la Humanidad desde un punto de vista infrecuente, sino también un excelente diccionario de consulta. Y así lo mismo puede uno encontrarse al inventor del tornillo (a título de curiosidad diremos que fue Archytas de Tarento, en el año 400 antes de Cristo) como media docena de páginas sobre el papel opositor al progreso de los monopolios, un capítulo sobre la incidencia democrática de la metalurgia férrica («El hierro», con sus consecuencias de posibilitar la producción de mejores herramientas y armas en cantidad mucho más grande, con amplias clases de artesanos y comerciantes, independientes de la protección de las familias nobles, condujo a un mayor igualitarismo económico y a una descentralización

del poder») o jugosas precisiones sobre el carácter precursor de China en muchas invenciones (timón, brújula, esclusas, carretilla, telar de arrastre, reloj, papel, imprenta, fundición del hierro, etcétera).

La obra, escrita de forma fluida y amena, tiene cerca de cuatrocientas páginas y se divide en tres partes: los mundos antiguo y medio (hasta 1660), la era del capitalismo (1660-1945) y nuestra época. Esta última acaba, en el libro, a fines de 1964. En un país como el nuestro, donde no abundan los estudios de este tipo, es interesante señalar la nueva publicación de «Hombres, máquinas e historia». (Añadamos a la obra de Lilley, en 1973, la aparición de «Técnica y civilización», de Lewis Mumford (Alianza Universidad) y «Ciencia e industria en el siglo XIX», de J. D. Bernal, editada por Martínez Roca. De Bernal se publicó en 1967 el primer tomo de su voluminosa «Historia social de la ciencia», dentro de la línea de Farrington, Gordon Child e el propio Lilley. Registremos asimismo como dato curioso que una biografía sobre un tecnólogo canario, Agustín de Betancourt, publicada por «Hora H» recientemente, se debe no a un español, sino al profesor soviético Aleksei Bogoliubov. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

## Ausias March en texto bilingüe

Los primeros meses de 1971 vieron nacer en Valencia una nueva colección de poesía, Hontanar, dedicada a presentar la obra de los jóvenes poetas valencianos con el fin de que no estuviesen obligados a marchar a Barcelona o Madrid para ver publicada su obra. El proyecto era más ambicioso, pues intentaba dedicar también atención a las traducciones de los autores extranjeros

más importantes, así como a la crítica de los textos clásicos. Los títulos que inauguraron la colección fueron: «Vispera de la destrucción», de Jenaro Talens; «Erosión», de César Simón, y «Fabulación del tiempo», de Pedro J. de la Peña (último Premio Valencia de poesía). Siguiéron obras de Guillermo Carnero, Jaime Siles, Francisco Brines... Hölderlin, William Blake, Vicente Aleixandre, etcétera.

Este proyecto ha tenido dos años de existencia. Pero cuando hay una idea clara a realizar se buscan los medios más apropiados, de forma que sea necesario hablar de etapas, intentos, experiencias; pero nunca de finales, términos o decepciones. Este es el hecho de que aparezca una colección con el nombre de Nuevo Hontanar, y con el «copyright» de Inventarios Provisionales Editores, editorial localizada en Las Palmas de Gran Canaria. El proyecto inicial de Hontanar ha cumplido su misión, siendo absorbida esta iniciativa por otra editorial periférica, en este caso canaria.

El primer título de esta colección está dedicado a los poemas del valenciano Ausias March, mediante una elaboración del texto bilingüe a cargo de Juan Antonio Icardo. Varios de los poemas seleccionados para esta nueva edición del poeta cuatrocentista, Raimon los cantó en un LP del año 1970.

La nota preliminar que realiza Icardo es toda una justificación de por qué reeditar ahora un clásico y por qué en texto bilingüe. El valor de la obra del poeta hay que medirlo no sólo desde la calidad literaria de sus composiciones, sino también desde la opción de escribir en catalán. En un texto hay que distinguir dos realidades: las intratextuales (las relacionadas con el estilo, las formas) y las extratextuales (simplicítes en la mente del lector, el cual no puede sustraer-

se a ellas en el momento de la lectura», por ejemplo: «tanto el conocimiento empírico del color del cielo, que posibilita el gozar de una metáfora, como la situación social de la lengua en que el texto está escrito»).

Ausias March (1397-



1459) nace en Gandía, dentro de la nobleza. Después de un período dedicado a las armas, representando al Estamento Militar en las Cortes de Valencia, inicia su actividad literaria a los treinta y tres años. Su matrimonio —que no fue el único— con Isabel Martorell, hermana del autor de «Tirant lo Blanch», le permite relacionarse más directamente con aquel mundo literario. La coyuntura histórica ofrecía como preocupación lingüística más adecuada la correcta recuperación del latín clásico con la escuela poética provenzal encarnada en los trovadores. Ausias March, sin embargo, opta «por el catalán, lo que posibilitó que formulara con novedad pensamientos con una larga tradición poética». Esto, que suponía una novedad poética, según Icardo, «hoy adquiere una dimensión extraliteraria, vinculada con la recuperación a nivel personal —de lector— de una lengua». «Ni escribir ni leer catalán es hoy en Valencia algo "natural". Escritura y lectura en ca-

lálán significan un esfuerzo de la voluntad, una decisión, no el mero acoplamiento a una situación lingüística dada». Y es en este camino de analizar las realidades tanto internas como externas al texto, que Icardo justifica la reedición de un

clásico valenciano que escribió en catalán y su traducción al castellano.

En gran número de los poemas que aparecen en esta nueva edición sorprende la fuerza lírico-amorosa en que se desenvuelven. Es el enamorado que huye atemorizado (Como un toro que por desiertos huye/cuando un rival más fuerte le ha vencido/y no regresa hasta sentirse fuerte/para destruir a quien le destruyó/conviene así que de vos me distancie/pues humilló vuestra actitud mi orgullo). O el poeta que busca la lengua más apropiada para dirigirse a la amada (Dejo el estilo de los trovadores/que por ardor exceden la verdad/ y conteniendo, para no turbarme,/mi deseo, diré lo que en vos hallo). Es el amor como tendencia humana llena de contradicciones, de sensaciones y decisiones contrapuestas, de sentimientos y racionalización de los mismos (Todos han de jurar mientras maldicen, no estar jamás en manos del Amor/mas si les hablo del placer oculto/

maldecirán el tiempo que han perdido). El mismo sentido tiene: Encanto, amor, que engendran el deseo,/y esperanza, que las tres gradadas sube/son mis delicias; pero me tortura/y escurre carne terna, el miedo al daño. ■ JAIME MILLAS.

## Una epopeya americana

Tal vez su último gesto no fuese tan teatral como nos lo describe el prologuista: «Un día, cuando el buque Orizaba se hallaba a trescientas millas al Norte de La Habana, Hart Crane se quitó lentamente la chaqueta y saltó al abismo marino». ¿Por qué no pensar, antes bien, en un accidente: un mareo, un resbalón, una gran ola? Nadie lo vio, nadie estaba a su lado en aquel momento, y, sin embargo, si se acepta generalmente la hipótesis del suicidio es porque semejante final representa, por así decirlo, la culminación lógica de toda su obra, del mismo modo en que ésta elucida a su vez el sentido profundo de aquel acto cometido —demostrando por cierta, a pesar de todo, su voluntariedad— el 26 de abril de 1932, cuando el poeta, que contaba a la sazón treinta y un años, regresaba a Nueva York después de una larga temporada pasada en Méjico. Y, sin embargo, Hart Crane había nacido en Garrettsville, Ohio, lejos del mar (1).

(1) Algunos atribuyen su suicidio a su desesperación por el agotamiento de su genio creador, agotamiento debido, según ellos, a sus continuos excesos homosexuales y alcohólicos; otros ven en él «un acto místico de unión con su símbolo favorito, el mar: un retorno a la matriz primordiales». En este sentido de «re-unió» cabría interpretar también los últimos deseos de la madre del poeta, fallecida quince años más tarde, quien solicitó ser incinerada y que sus cenizas fuesen arrojadas al East River desde el puente de Brooklyn, el mismo que había inspirado a su hijo su famoso poema.

Por encima de su «Fausto y Elena», por encima de sus «Viajes» y demás libros de poemas, Hart Crane es el autor de ese largo poema épico, pieza clave de la poesía norteamericana de este siglo, que lleva el sencillo pero sugerente título de «El puente» (2).

Con un lenguaje simbólico, que tanto debe a Donne y los isabelinos en general, por un lado, y a Blake, Keats, Rimbaud y Poe, por otro, con un ritmo entre el «jazz» y la Biblia, ritmo heredado en parte de Walt Whitman, cuya sombra le sigue, poderosa, a todas partes, con una profusión de metáforas arrolladoras y, al mismo tiempo, con una sensibilidad —como quería Rimbaud— totalmente moderna, Crane nos ofrece en «El puente» una gran síntesis épico-romántica de la civilización norteamericana. «El puente» es, en efecto, un largo recorrido por la Historia de América, un viaje simbólico a través del tiempo y el espacio, una epopeya individual, que el poeta pretendió erigir en mito moderno. Por ella desfilan grandes figuras más o menos relacionadas con ese «puente» entre dos continentes que fue el Descubrimiento —Cristóbal Colón, el prior de la Rábida, Juan Pérez; Fernando, el Rey Católico; De Soto, la india Pocahontas—, al lado de poetas como Whitman, el gran mentor de Crane, o Poe (cuyo rostro se le aparece fugazmente durante el viaje de pesadilla que realiza el poeta en el «metro» neoyorquino); héroes modernos, como los pioneros de la aviación, hermanos Wright; personajes de ficción, como Rip van Winkle (protagonista de un conocido cuento de Washington Irving), o más o menos legendarios: héroes homéricos, etcétera.

Sin embargo, al mar—

(2) «El puente y otros poemas». Versión y prólogo de Agustí Bartra. Texto bilingüe. Plaza & Janés.

gen de las referencias culturales e históricas a hechos y leyendas del pasado americano, «El puente» es, ante todo y sobre todo, una epopeya de la imaginación visionaria y creadora, una gran fiesta del lenguaje metafórico —«puente»: metáfora de «metáfora», metáfora de metáforas— en la que las palabras connotan más que significan, a la vez que un intento apasionado de la asimilación poética de la siempre cambiante realidad.

Pues Crane no rechaza el mundo de la máquina en aras de un primitivismo de signo reaccionario, sino que es plenamente consciente de las nuevas posibilidades que la técnica aporta al hombre: El alma, alada por la nafta, logró nuevos espacios, ya conoce el broche más cercano de Marte. Así canta el poeta a Wilbur y Orville Wright, ícaros del siglo (3). Ahora bien, el avance técnico, viene a decirnos Crane, no es nada sin un progreso paralelo del espíritu. El poeta, moderno héroe solitario, debe acudir con su fuerza visionaria en rescate de un mundo cuyos valores están en trance de desintegración, un mundo cuya nueva Iglesia es Wall Street. Crane es un Colón místico en busca de un nuevo Catay, de un absoluto simbolizado por la mítica Atlántida que el poeta alcanza a vislumbrar al final de su viaje, es decir, del poema: ... Así, para tu eterna presencia, allende el tiempo, como las rojas lanzas de una estrella sonante/que sangra eternidad, las cuerdas órficas, las falanges

(3) En realidad, la postura de Crane es a este respecto bastante ambigua: aunque, por un lado, cante a la técnica, late en el fondo de su poema una profunda nostalgia de esa mítica América anterior al descubrimiento, especie de «paraíso perdidos», que tan bien simboliza la india Pocahontas. Es como un deseo profundo de echar raíces frente al creciente desarraigo que engendra la técnica.